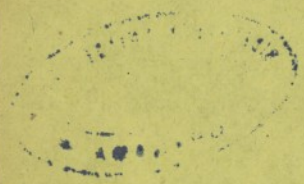
4-16-7-145

65-5
14

20

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

11208276



R29434

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala C
Estante 37
Número 34 (23)

SERMON

QUE

EN LA SOLEMNE FIESTA

CELEBRADA

Á SANTA TERESA DE JESUS

EN SU NUEVA CAPILLA PUBLICA

de la hacienda de este nombre,

CONSTRUIDA Á DEVOCION Y EXPENSAS

DE LOS

EXCMOS. SRES. CONDES DE MIRAVALLE,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA

PREDICÓ

el Sr. Dr. D. Servando Arbolí,

Capellan de Honor de S. M. en la de Reyes Católicos
de la Sta. Metropolitana Iglesia de Granada,
Catedrático
de Historia Eclesiástica y Patrología
en el Real Seminario Central
de San Cecilio,

día 15 de Octubre de 1867.

Se imprime con licencia de la Autoridad eclesiástica.

GRANADA.

IMPRENTA DE D. GERÓNIMO ALONSO,

Librero de SS. MM. y AA.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
GRANADA

A la Sra Dn Ma Rosario del Canto de Picayo, en prueba del mayor aprecio

P. Arbolí

Excmos. Sres. Condes de Miravalle.

Los respetos debidos á la estrecha amistad que nos une, pudieron al fin vencer mi resistencia á imprimir este discurso, lo que hubiera siempre rehusado, si muy graves consideraciones no me obligaran á consentir en ello. Salvada mi responsabilidad, á Vds. pertenece de derecho todo el fruto de mi modesto trabajo. Dígnense, pues, admitir esta oferta, como muestra, aunque muy débil, de la alta estimacion y sincera amistad de S. S. S. y Capellan,

Servando Arboli.

Donado á la Biblioteca Universitaria de Granada, en memoria del malogrado poeta BALTASAR MARTINEZ DÚRAN

Dedit quoque Deus sapientiam Salomoni et prudentiam multam nimis, et latitudinem cordis, quasi arenam quæ est in littore maris. III. Reg. IV. 29.

Dió tambien Dios á Salomon sabiduría y prudencia grande en extremo, y anchura de corazon, como la arena que está en la plàya de la mar.

Excmo. Sr.:

Un objeto lleno de interés y de encanto, nos congrega en este sitio. La Religion Divina ha consagrado por el mas solemne de sus actos la ereccion de un santuario, y ya las columnas del incienso se han levantado hasta el cielo, llevando consigo las fervorosas plegarias de cien amantes corazones. Angeles mil han presentado al Señor en cendal mas puro que la nieve los suspiros del alma piadosa, y una gloria inmortal aparece ya risueña en el tabernáculo nuevo de Israel. Un nombre venerando, santificado por la Iglesia y revestido de luz inmarcesible en la memoria de las generaciones, se une tambien al cántico eucarístico, y sobre los encendidos querubines que protejen con sus alas el arca del testamento, se alza llena de magestad y de hermosura la efigie de una ilustre heroina. Teresa de Jesus,

el ornamento de la católica España, el ángel de la Religion, la doctora de los espíritus, el diamante puro de la ciencia; ella es la que viene á ilustrarnos hoy, para que mejor comprendamos la índole de la sabiduría, su orígen, su plenitud, su término y su corona. Feliz inspiracion, Señores, delicado pensamiento, el que une la adoracion á Jesucristo con el culto y homenage á la mas querida de sus esposas. Hoy se escucharán unidos los acordes ecos de este angélico concierto. Prestad una atencion redoblada, y oireis el llamamiento amoroso del pastor con el blando quegido de su paloma. Os parecerá que el Señor la regala hoy todos sus triunfos, como ella ciñe á sus ebúrneas sienes todos sus místicos laureles.

Embargada la imaginacion con un doble pensamiento, apenas acierto á determinar la índole de mi discurso. Dos asuntos de inmensa magnitud, ambos tambien de reconocida importancia, se disputan la primacía: el panegírico de Teresa de Jesus y la fundacion de su preciosa ermita. De un orador ingenioso podriais esperar que armonizase ambas ideas, prestándoles aquel hermoso colorido que embellece las verdades mas abstractas de la Religion. Pero de mí no teneis derecho alguno á concebir tan risueñas esperanzas, y á la verdad, ni sé cual materia elegir para la instruccion de mis oyentes, ni qué resortes mover para interesar sus nobles corazones.

Sin embargo, las enseñanzas del cristianismo, como sus grandes ejemplos en la historia, llevan en sí solos su hermosa y brillante apología. Los labios del orador católico no son sino el débil instrumento por donde se comunica la voz de la verdad infinita, y en vano querrá prestar nuevo realce á un hermosísimo tegido cuya rica trama es el embeleso y admiracion de la ciencia.

Las palabras que van al frente del discurso, encierran el panegírico de la flor lozana del Carmelo. A ella, con tanta propiedad como al Rey sabio, pueden aplicarse las sentidas espresiones de la Escritura. Ayudados de la gracia Divina, daremos extension á nuestras ideas, condensándolas en dos proposiciones que abrazan al mismo tiempo el elogio de Teresa y la solemnidad de este dia. El Señor exige de nosotros un doble testimonio, que debemos hoy rendirle poseidos de entusiasmo; á saber, un testimonio de admiracion á los milagros de la gracia obrados en aquella vírgen; un testimonio de gratitud por el beneficio que nos otorga reuniéndonos en un santuario consagrado á su culto. *Los designios del Señor sobre Teresa*, esta será la parte primera de mi discurso: *los designios del Señor sobre nosotros*, esta será la parte segunda. Son aquellos, el fundamento de su santidad y grandeza: son estos, el título gloriosísimo en que ciframos nuestra esperanza.

Para proceder con acierto, pidamos fervorosamente las luces del Divino Espíritu, implorándolas por la mediacion poderosa de la Inmaculada Vírgen María, á quien reverentes diremos: DIOS TE SALVE.

I.

No son los caminos del Señor como los nuestros, ni para elevar á la razon humana necesita de otro auxilio que un ligero soplo de su gracia. Entonces, la obliga á remontar el vuelo á las regiones del infinito, y desde allí la hace tender mirada compasiva al mundo, para contemplar la vanidad de sus sabios y la torpeza y pequeñez de sus héroes. «La sabiduría y la disciplina y la ciencia de la ley, son de Dios, dice el

Eclesiástico; la caridad y los caminos de los bienes, son del mismo.» (1) Encarnada esta gran verdad en el fondo del alma de Teresa, y gustándola en el corazon, mas bien que comprendiéndola con la inteligencia, se eleva hasta el alto grado de virtud en que hoy nos es dado venerarla. Estudiad detenidamente su celestial sabiduría y su seráfico amor; vereis como hiere nuestra frente el lustre de su diadema, y los rayos de su doctrina se difunden y dilatan cual la luz de la aurora, y visitando el florido campo de la Iglesia, auguran el esplendor de un claro dia y la felicidad de un periodo bonancible. Esta luz nunca se extingue: sus resplandores brillan hasta la consumacion de los tiempos, porque manan del foco inmenso de la eterna ciencia.

Permitidme que salvando las barreras del tiempo, os traslade por un momento á su siglo. Es la época de gloria para nuestra pátria, y de grandes acontecimientos para el mundo. La política, el derecho, la ciencia, la literatura y las artes, deben buscar en ella sus glorias y sus maestros. Despertado el Occidente al estruendo de la revolucion que sepultó el antiguo imperio de Bizancio, se halló en posesion de las letras, renació el gusto del clasicismo, se habló el idioma seductor de Virgilio, y se bebieron en su misma fuente las inspiraciones de Homero. Epoca dichosa, llena de génio, de encantos y de poesía. Pero llamadas las pasiones por los acordes y cadenciosos ecos de las liras, hubo tambien de mostrarse lleno de altivéz el espíritu de la soberbia. Toda la historia, todos los sagrados recuerdos de la edad media se relegaron al olvido, y creyóse llegado el tiempo de resucitar el paganismo, con su apoteosis del hombre, con su crítica individual, con su libre exámen. Hé

aquí la reforma intentada por Lutero, funesto acontecimiento que vino á señalar la lucha entre la fe y la razon, la autoridad humana y la Divina. El año de 1518 se daba el grito de rebelion en Alemania; pero el año de 1515 habia depositado ya las esperanzas del alma en la cuna de Teresa; y cual si fuera llamada para servir con mas empeño al Señor, en unos dias en que comenzaba nuevo género de ultrajes, pareció que brillaba sobre su frente el destello de la ciencia cristiana, mientras combatia el protestantismo los eternos fundamentos en que descansa. ¡Qué victoria tan completa habia de reportar la Iglesia, cuando se llegara á comprender que los derechos de la inteligencia no radican, como dijo la reforma, en la libertad de la razon, sino en la dulce esclavitud del pensamiento!

Preguntad ahora á Teresa de Jesus, quién infundió en su alma aquellas ideas tan sublimes acerca de la divinidad; quién fijó en su ánimo desde los dias de la infancia tan exacta estimacion de nuestra bajeza y miseria; quién la instruyó en los secretos de la gracia, en la gloria de la vision beatífica, en los resortes ocultos de que Dios se vale para mover á las criaturas. Verdades son estas de las mas trascendentales en el gran sistema de la filosofía. ¿Quién adoctrinó á esa tierna niña, que apenas puede pronunciar el nombre del Señor, cuando ya conoce sus arcanos? Seguir á ese astro luminoso en su veloz carrera por los espacios de la ciencia, sería trazar la historia de una razon pura y perfecta; porque nada tan puro como el alma que vive siempre en la contemplacion, ni nada mas perfecto que el conocimiento sobrenatural adquirido en tan íntimas y tiernas comunicaciones. A este término nunca llega la razon humana por sí sola: todo es obra de la gracia. ¿Por qué medio, si nó,

logró Teresa de Jesus la noticia de las verdades divinas? ¿No lo confiesa ella misma en sus escritos, cuando asegura que se la daban á entender de una manera inefable, pero con inteligencia tan clara, que no encontraba palabras adecuadas para expresar su sentido?

He aquí el tesoro oculto para los sabios y prudentes del siglo, y revelado á los humildes, *el maná sabroso que nadie sino el que lo gusta, es capaz de conocerlo*; y ved la causa de que ni la filosofía haya soñado jamás tal perfeccion de la mente, ni deje de inferirle nunca sus diatribas y censuras. Así lo hallamos consignado en la historia de Teresa. Nadie comprendia su espíritu, y uno de los mas intensos dolores á que la sometió el Señor para probarla, fué aquella gran lucha sostenida consigo misma por no saber apreciar la índole de las revelaciones, ni el misterio de su propia alma. Fué necesario que el espíritu de Dios comunicado á sus siervos, viniera á aquietar estos temores, encontrando en un Padre de la compañía, como mas tarde en el seráfico Juan de la Cruz, el ángel tutelar que la tranquilizara.

Recorred uno por uno los libros que dictó á Teresa la experiencia del amor divino. Entrad en el huerto del Esposo, y percibid el fragante aroma de sus lirios. Dirigid vuestros pasos á esa bendita tierra de promision, y volved con el ópimo fruto que en ella recogísteis. Admirareis las maravillas del Señor con las almas en los cuatro grados de oracion, descritos admirablemente en el libro de su *vida*: la práctica de los consejos evangélicos en el *camino de perfeccion*; y la lucha del espíritu, y sus progresos, y sus mayores adelantos, y su victoria definitiva en las *moradas*; las ternuras de la gracia en los *conceptos del amor Divino*; el conocimiento del hombre en el hermoso conjunto de

las *cartas*, y en una palabra, todo lo que hay de mas grande y sublime en el órden sobrenatural retratado fielmente en las doradas páginas de sus obras. Cuando hayais terminado la lectura, pensareis que Teresa no es una mujer, sino un serafin de la gloria; no una débil criatura, sino un destello vivo de la Divinidad; que su *conversacion no es ya con hombres, sino con ángeles del cielo*, (2) porque tales son los favores que se la dispensan y los impenetrables arcanos que se la descubren.

No temais que una sola imperfeccion venga á desfigurar en algo tan precioso tegido. Esos escollos del misticismo señalados en la historia de los siglos XIV y XV; las tendencias á la nocion panteista, sábiamente refutadas ya en la misma época por Gerson, como en el siglo XVII por el gran Obispo de Meaux, no pueden fascinar á Teresa de Jesus. Si la union con Dios es fruto de la humildad profunda y del propio conocimiento, no hay que temer se levante la criatura á disputar al Señor la inefable vida del infinito: ¿cuál de los dos espectáculos podrá ser mas temible? cuál deberia merecer en todo caso la impugnacion de la escuela crítica? el del hombre reclinado en brazos de su Dios, bebiendo en la oracion los conceptos de la ciencia, ó el de un Dios sujeto al capricho de los hombres, y tan múltiple como sus opiniones y sistemas?

Amigos del Esposo, venid y embriagaos en las fuentes del saber cristiano. *Venite, amici, et bibite, et inebriamini carissimi.* (3) Si buscais descanso para la inteligencia, tan maltratada en los escabrosos senderos del error, llegad presurosos á este manantial purísimo. No os desanime la fragosidad del camino, ni creais tampoco alcanzar en un solo dia el suspirado término de vuestras peregrinaciones. Será al principio esta ciencia

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

como el manso riachuelo que se desliza entre las flores de un prado, pero despues ensanchará su rica vena la misma eterna sabiduría, y volviéndose grande y abundosa podrá hacerse semejante á los mares. *Et ecce factus est mihi trames abundans, et fluvius meus appropinquavit ad mare.* (4).

«El Señor ha dado á Teresa una sabiduría y una prudencia grande en estremo;» mas ¿qué diré de la anchura de su corazon tan vasta como las arenas de las playas? Oid una bella expresion que compendia toda la doctrina de la seráfica Doctora,» *no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho.* (5) Al llegar aquí, no encuentro ya palabras con que expresar mis ideas. Hablar del amor de Teresa de Jesus, es hablar del gran misterio de su espíritu; digo poco, es hablar de todo lo mas bello y mas tierno que posee la filosofía del Evangelio. Teresa no tiene mas que corazon, ni sabe otra cosa mas que amar. La perfeccion de su corazon es anterior á la de su inteligencia, pudiéndose afirmar de ella con sobrado motivo, que el corazon del sabio se conoce en la sabiduría: *cor sapientis intelligitur in sapientia.* (6) Y ¿qué decir de su íntimo y contínuo trato con el Señor? ¿cómo pintar lo que ella misma llama *glorioso desatino, celestial locura*? (7) El amor de las Artemisas, las Sulpicias y las Porcias, no fué mas que un engaño del corazon, un fingimiento del espíritu. El entusiasmo de Teresa es como el de la Esposa de los cánticos, y si escuchó de la boca de Jesus, «*ya eres mia y yo soy tuyo*» (8) tambien pudo responderle como la enamorada Sunamitis, *mi amado para mí, y yo para él.* (9) ¡Qué bella es la decision de un alma apasionada de su Dios!

Resuenan siempre en los oidos de Teresa las palabras que el mismo Señor la dirigiera un dia. «Mientras se

vive no está la ganancia en procurar gozarme mas, sino en hacer mi voluntad.» (10) Así la mortificacion es la ley de su existencia, padecer por el amado es el encanto de su alma, y siempre vereis en ella una piedad sábia que comprende con admirable lucidéz el misterio de la penitencia y el enigma de las humillaciones. No hay sacrificios que no acepte, amarguras que no guste, desconsuelos que no pruebe, aflicciones que no sienta. La inmensa latitud de su pecho solo puede llenarse padeciendo. El fuego que la devora ha menester de cien víctimas que alimenten su voráz incendio. ¿Veis cómo á impulsos de un viento impetuoso se desprende una nevada piedra del mas elevado ventisquero? Pues no de otro modo, al soplo de la gracia cae y se precipita esa mole de tibieza que en su jóven corazon alzaron por algunos dias las vanidades del siglo, y se pierde y se deshace en un mar de compuncion ternísima, de amor desinteresado, de generosos afectos; y entonces ¡cuánto desasosiego, cuántas maceraciones, cuántas lágrimas para borrar la ofensa de sus desvíos!

No le admireis, tierna niña todavía, seguir á paso acelerado la senda de la justificacion, ni haciendo voto al Señor de practicar lo mas perfecto, ni consagrando á la Religion las primicias de su lozana juventud, ni abandonando el paterno hogar para ir en busca del martirio; contempladla mas bien allí donde se conoce el héroe del cristianismo, en el celo por la gloria de Dios y por los caros intereses de la Iglesia. En ese campo dilatado brillará el ardiente sol de sus amores; en él descubrirá las fuerzas del espíritu con las probadas armas de la caridad. En medio de recias contradicciones, arrostrando peligros, calumniada de muchos, comprendida por muy pocos, concibe la gigantesca idea de refor-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

mar la órden del Carmelo, restaurando en el primitivo vigor la regla dada por Alberto, Patriarca de Jerusalen y confirmada por el Papa Inocencio IV. El año de 1562 se terminaba la construccion del nuevo Monasterio de San José de Avila, dándose principio en él á la reforma. Seguirla en sus fundaciones, sería medir los dilatados espacios que recorre un astro en su veloz camino. Así quiso gananciar para Cristo las almas que por otra parte le arrebataba la heregía, y mientras las guerras de los Hugonotes en Francia, y los bandos de Inglaterra destrozaban la viña del Señor, ella se constituyó Pastora celosísima en la heredad del padre de familias.

Pero ¿comprendeis que alcance á tanto el magnánimo corazon de Teresa? La ciencia no lo explica, y solo puede resolverse este enigma por el misterio de la gracia. Y cuando esta gracia llena el corazon de una mujer, y cuando al dulce sentimiento que grabó el Señor en la mitad del linage humano, se agrega el sentimiento divino, el impulso del amor santo; y cuando este amor se halla á la vez sostenido y regulado por la ciencia de la verdad infinita, ¿quién será capaz de avalorar sus empeños? Será la chispa que prende en el cañaveral, la zarza que arde sin consumirse, el águila real que alza su vuelo hasta perderse en el claro azul del firmamento; será la esposa que inquieta se levanta en la noche para ir en busca del amado; será en una palabra, el alma venturosa que descansa á la sombra del que deseaba, y gusta en copas de oro el sabroso néctar que la ofrece: *sub umbra illius, quem desideraveram, sedi; et fructus ejus dulcis gutturi meo.* (11)

Tales fueron los designios del Señor sobre Teresa; enseñar al mundo que el progreso de la inteligencia, como la vida del corazon, no pueden alcanzarse sin la

proximidad al foco del saber y al centro de la caridad; que lejos de estar divorciada la fe de la razon, no es posible separarlas sin cortar los vuelos al espíritu y detenerlo en el camino de la sabiduría; que al proclamarse el libre exámen y la emancipacion de la autoridad de la Iglesia, se hirió de muerte á la filosofía, y se postergaron los dogmas del buen sentido; que la contemplacion y la oracion, lejos de enervar el alma, son el misterioso gimnasio en que se ejercitan sus fuerzas, adquiriendo nuevas y sublimes ideas, concibiendo mil afectos suavísimos, que en vano habrán de buscarse en las escuelas del saber humano. Solo Dios dá la ciencia; solo Dios dilata el corazon. *Dedit quoque Deus sapientiam.* etc.

Escuchad ahora, cuáles son sus designios sobro nosotros.

II.

Hubo un tiempo, Excmo. Señor, en que un Príncipe sábio y poderoso levantó suntuoso templo al Altísimo. El hijo ilustre de David llevó á cumplido término el pensamiento de su padre, y aglomeró para la obra lo mas precioso del universo. Las ricas telas de Sidon y Tiro, las maderas de Setim y el oro del Arabia, sirvieron á la fábrica del tabernáculo, en que habia de descansar la gloria del Señor para conceder inmenso beneficio á su pueblo. Llevaron sobre sus hombros los sacerdotes el arca de la alianza, y la colocaron en el oráculo del templo, en el Santo de los Santos, bajo las alas de los querubines. Celebráronse prolongadas fiestas, y hubo inmenso regocijo desde la entrada Emeth hasta el arroyo que baña con sus aguas el Egipto. Sacrificios sin cuento se ofrecieron al Eterno, corrió la sangre de las víctimas y subió al Empíreo el vaporoso aroma del in-

cienso. Pero refieren los libros santos que no «podian los Sacerdotes atender al ministerio, á causa de la niebla, porque la gloria del Señor habia llenado aquella casa.» (12) *El Señor dijo que habitaria en la niebla*, (13) y á Moisés habia confiado idéntico misterio, para intimar á su hermano Aaron *que no en todo tiempo entrase en el santuario, no fuera cosa que muriese, porque apareceria sobre una nube en el oráculo.* (14) Los Santos Padres reconocen en este enigma los designios del Señor sobre la sinagoga, porque no habia llegado el tiempo de que la gloria de Dios se revelase en su plenitud; y ved aquí como se explica que el caudillo de Israel hablase al pueblo con un velo interpuesto, significando las sombras y figuras de aquella ley de esclavos que debia preceder al testamento firmado con los hijos.

La alborada risueña del Evangelio puso término á tan triste noche, y el Señor se manifestó en él lleno de su magestad y poderío. No es ya la nube la que cubre el templo, ni la ley de gracia se promulga con velos intermedios. El que habita en nuestro tabernáculo, nos franquea todos los tesoros de su amor y las luces de su verdad infinita. Nosotros registramos, dice admirablemente el Apóstol, cara á cara la gloria del Señor, *revelata facie gloriam Dómini speculantes.* (15) Los que hoy se cieguen no podrán hallar excusa, ni en la niebla ni en el velo, añade S. Justino; responsables habrán de ser de su apostasía, y á diferencia de los antiguos Israelitas, su ceguedad solo provendrá de la malicia.

Estos son, por lo tanto, los designios de Dios sobre su pueblo al congregarlo en un precioso santuario consagrado al culto de Teresa; revelarle su gloria, otorgarle sus favores, no impedir á los Sacerdotes el egercicio

de sus funciones interponiendo la niebla, sino ofrecerse él mismo como Sacerdote Eterno y sacrificio contínuo. Teniendo siempre á la vista los ejemplos de aquella ilustre heroina, copiando en nuestra inteligencia sus principios y formando nuestro corazon por sus afectos, lograremos el fin último de la nueva revelacion de gloria que nos hace el Unigénito. ¿Y sabeis cuál es aquel término dichoso? Escuchad las palabras con que el mismo Apóstol corona su pensamiento: «somos transformados de claridad en claridad, en la misma imágen, como por el espíritu del Señor; *in eamdem imaginem transformamur á claritate in claritatem, tanquam á Domini Spiritu.*» (16) Nada menos se nos pide que ser conformes á la imágen de Jesucristo, instruyéndonos por su *eminente ciencia* y encendiéndonos en su caridad, para que vivamos su misma vida y recibamos igual corona. Solo por este medio adquirió la colosal figura de Teresa sus perfectas y bellas proporciones.

Hoy exige de vosotros al otorgaros tanto beneficio, una singular correspondencia. No olvideis nunca, os diré con San Agustin, que esta es la casa de nuestras oraciones, mas la de Dios somos nosotros: *domus nostrarum orationum ista, domus autem Dei nos ipsi.* (17) Es nuestra alma un santuario precioso, porque *el reino de Dios está dentro de ella*: ved los grandes compromisos que nos ligan y las serias obligaciones que se nos imponen. Porque si el arca de la alianza que solo contenia en su seno las Tablas de la Ley, debia estar revestida de oro finísimo por dentro y fuera; ¿cuál no será la riqueza que el Señor reclame á nuestros corazones para ofrecerle digno asiento? ¿qué fe tan viva y animosa no pedirá para corresponder á la revelacion de sus verdades, qué amor tan puro y encendido para

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

pagar sus cariños, qué decision y qué empeños para imitar sus holocaustos?

Yo no aventuraré nada al deciros que la Providencia Divina os ha mirado con especial misericordia. De Dios ha sido esta obra, y solo El ha podido consumarla. Para ello ha movido el ánimo, os repetiré con San Agustin, ha excitado los afectos, ha proporcionado los auxilios: *visitavit animum, excitavit affectum, subrogavit auxilium.* (18) Todo ha sido suyo, y ya vosotros, felices habitadores de estas vecinas comarcas, divisais en lontananza la cruz que corona el santuario; ya veis el signo de la redencion desvanecerse entre las nubes de oro y nácar que pasean los ámbitos del espacio, y esa vision consoladora que os recuerda las delicias de la patria en las fronteras de la eternidad, viene á acariciaros tras el lúgubre sueño del indiferentismo y la apatía. Llegados á estos umbrales, se os convida graciosamente á la vida del espíritu y medro de la fortuna, porque si hay en el altar fuego sagrado que enciende las centellas del amor Divino, hay tambien lámparas inextinguibles que alumbran los caminos de la prosperidad y las sendas del progreso. Si quereis paz en las familias, bienandanza en la patria, fama y prez en la opinion del mundo, civilizacion floreciente, adelantos duraderos, venid á la casa del Señor, que solo á la protectora sombra de la Iglesia crecen tan preciosos plantíos. Apreciad en todo lo que significa el beneficio ingente de un nuevo templo, y estas lágrimas de gratitud que derramais al pié de los altares, ante la hermosa imágen de Teresa, puedan convertirse hoy en llanto saludable que borre vuestros pasados agravios. Vereis cómo ya suceden, al temor la confianza, á la debilidad el denuedo, á la impiedad la fe profunda, á la traicion el patriotismo.

«¿Será, pues creible, que el Señor habite sobre la tierra? porque si no te pueden abarcar el cielo, ni los cielos de los cielos, ¿cuánto menos esta casa que has edificado? Mas vuelve los ojos, Señor Dios mio, á la oracion de tu siervo y á sus ruegos: oye la oracion y la alabanza que hace hoy en tu presencia: que tus ojos estén abiertos sobre esta casa noche y dia; sobre la casa de la cual dijiste, allí estará mi nombre.» (19) Esta sentida plegaria del mas poderoso de los monarcas, se escapa de nuestros labios en tan solemnes momentos. Llenos de confianza, acerquémosnos al trono del amor y de la gracia en demanda de especiales favores. ¿Será preciso que el Señor haga ostentacion visible de su justicia en el pueblo? pues bien, pedid, que oirá desde el cielo y será hecha, *exaudies in cœlo et facies*: ¿será preciso que el pecador obstinado reciba al fin un rayo benigno del sol radiante de justicia, y se convierta de sus perversos caminos? El oirá desde el cielo y perdonará: *exaudies in cœlo et dimittes*; ¿será preciso que muestre el Señor su misericordia sobre la tierra sedienta, sobre el fruto corrompido, sobre la mies devorada, sobre el pueblo á quien cerca el enemigo? El se compadecerá y será propicio; *exaudies in cœlo et propitiaberis*. ¿Será preciso, por último, que el infortunado alienígena, impetre las bondades de nuestro Dios y venga á guarecerse bajo el manto protector de su gracia? Ea pues, El oirá desde el cielo y lo hará todo segun nuestros deseos; *exaudies in cœlo et facies omnia*: ¿qué mas? amados mios; nada se reserva el Señor cuando afianza su trono en medio de los hombres: *facies omnia*. (20)

Tan consoladoras esperanzas, solo pueden vincularse al cumplimiento fiel de la ley. Mas si el pueblo se olvida de su Dios y profana sus mandamientos, si en-

sordece á las voces de la Iglesia y desprecia su magisterio, si se olvida de sus votos y posterga las severas máximas de la moral cristiana, si alimenta su inteligencia con los sueños de la revolucion, y nutre su espíritu con el tósigo mortal preparado por los impíos, ¿qué hará el Señor con esta casa? Oidlo de sus propios labios; ella podrá servir tan solo de escarmiento, *domus hœc erit in exemplum*. (21) Todo el que transite por ella, se asombrará y silbará, *stupebit et sibilabit*, y dirá al mismo tiempo ¿por qué el Señor ha hecho así á esta tierra y á esta casa? Registrad la historia: la impiedad misma enemiga de la Iglesia, no puede menos de pasmarse ante las lúgubres ruinas de esas nobles y sublimes creaciones. Espantada de tan tremendo castigo, deja escapar con sarcástica sonrisa el horrísono silbido de su impuro labio. El Señor no ha perdonado ni á los tabernáculos de Jacob, ni aun á lo mas precioso de Israel. Baluartes que ayer llenábais de asombro al universo, columnas que suspendíais en el firmamento el testimonio de la grandeza que os erigiera, elevadas torres que en la soledad de los campos á manera de mágica ilusion, anunciábais al fatigado viajero la existencia de un religioso asilo, edificios de opulencia, tronos de magestad, palacios de la fe, ¿dónde habeis ido? ¿cómo así pudo desvanecerse tan pronto vuestra imponente y colosal figura? Ah! ese ave solitaria que acompaña con sus quegidos los prolongados ecos de vuestras cóncavas ruinas, podrá ser un fiel testigo de los juicios de Dios sobre los pueblos que olvidan sus mandatos: *domus hœc erit in exemplum*. Dos respuestas solamente satisfarán las horribles ansiedades que provoca este espectáculo; un asombro y un silbido, *stupebit et sibilabit*.

Ofenderia vuestra modestia, Excmo. Sr., si fijando

mi vista en los sacrificios que habeis consumado delineara uno por uno sus relevantes caractéres. Líbreme el Señor de profanar con el óleo impuro de la adulacion la magestad severa del Evangelio. Sea para Dios toda la gloria, que nunca brillarán con mas fulgores vuestras frentes que al inclinarse rendidas ante el trono de la Omnipotencia. Hoy el pueblo, necesitado mas que nunca de severas lecciones y eficaces ejemplos, ha recibido de vosotros una elocuentísima enseñanza. En ella habeis dado prueba irrefragable de la fe acendrada que os legaron vuestros nobles y piadosos padres. Gozaos en el Señor, y que este título riquísimo pueda siempre enaltecer los esclarecidos timbres de vuestra historia. Pero no soy yo el que debo hablaros: escuchad las voces consoladoras que salen de ese tabernáculo para llegar al fondo de vuestro pecho. «He oido tu oracion y la deprecacion con que delante de mí has rogado. He santificado esta casa que edificaste, para poner allí mi nombre eternamente, y mis ojos y mi corazon estarán aquí todos los dias.» (22) Estas tiernas palabras son mas que suficientes para compensar tantos afanes. Dejad, dejad en herencia á vuestros hijos el celo por la Iglesia Santa, mostrad á esa generacion preciosísima el secreto de la ventura, y hacedlos capaces de gustar en el mañana las inmensas satisfacciones que hoy os regala vuestro Dios. Una y cien veces fortunados si al bendecirlos algun dia desde el lecho del dolor, podeis mortrarles con vuestro ejemplo el camino que conduce á la patria, y si al sellar su boca con el sello del amor mas puro, podeis comunicarles el hálito de la virtud y el sentimiento noble del catolicismo.

Y vosotros, los que ó ligados por los estrechos vínculos de la familia ó los dulces atractivos de la amistad,

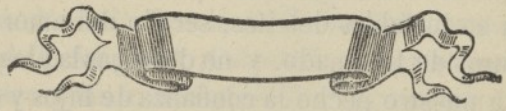
habeis venido á celebrar el nuevo culto tributado á Teresa de Jesus, gustad en vuestro pecho las delicias inefables de la Religion. La sociedad ha menester tambien de vuestro esfuerzo á fin de reparar sus hondas quiebras: la Iglesia os llama conmovida para que enjugueis su amargo llanto. Venid, venid hoy presurosos á ceñir en sus virgíneas sienes coronas de laurel y ramos de yerde oliva. Traed á los altares de Teresa el testimonio de vuestra admiracion, y tributad al dador de todo bien la ofrenda de la mas ferviente gratitud. Escuchad siempre á esta celestial Doctora de las almas; no porque es la gloria de la católica España, no porque á su nombre enmudece la ciencia de los sabios, no porque habló la misma lengua de los Leones, Granadas y Cervantes, no porque es la rica perla de las letras, nó, sino porque es un traslado fiel del espíritu del cristianismo, y enseñándonos la ciencia de los santos, nos muestra el camino de la felicidad. ¡Celestial sabiduría! qué nombre tan mágico y tan consolador! A ella pospuso el Varon sabio las riquezas y los reinos, y quiso tomarla por guia en el camino de la vida. Las piedras preciosísimas no pueden con ella compararse: si todas juntas se unieran las amatistas de India, las esmeraldas de Scitia y los topacios de la Arabia, jamás equivaldrian á su infinito precio, porque junto á ella todo el oro es como grano de menuda arena, y la plata será tenida como barro. Es mas apetecible que la salud y la hermosura, madre de todo género de bienes y fuente de inefables consuelos. (23)

Cristianos, solo al pacífico Salomon consintió el Señor edificar un templo, gracia singular que negó á David su padre por haber derramado sangre: (24) *Eo quod sis bellator et sanguinem fuderis.* En vano, por

lo tanto, sin reformar el corazon, querreis tomar parte en los designios de la Providencia sobre el nuevo altar que os concede. Hoy se os pide la caridad y la concordia, la piedad y la ternura, la compuncion y la penitencia. Si tan felices disposiciones no se encuentran en vuestra alma, si al espíritu del amor fraterno oponeis el ódio inveterado y los siniestros rencores, no os llegueis al santuario; dejad que esa metálica lengua congregue al fiel creyente, al humilde labriego, al pecador arrepentido, al huérfano y á la viuda, al desgraciado que suspira y al menesteroso que clama. Vengan ya todos á buscar su alivio en el arca del testamento y en el corazon de Teresa. Pero Dios es amor infinito: la Religion es fuego sacro que en nuestro seno se enciende. Si no sabeis sentirlo en el espíritu, no sois dignos de la enamorada Esposa de Jesus.

Goza en inefables deleites, serafin del amor Divino, las ternuras de tu amado, y no desoigas la plegaria que arranca á nuestro pecho la confianza de hijos y clientes. Haz que descorrido el denso velo que nos cubre el horizonte del porvenir, divisemos en lontananza las glorias de tu misma patria, que reviva tu espíritu, que se robustezcan tus instituciones para honor de Dios y triunfo de la Iglesia. Ya es tiempo, Santa mia, de que agoviados con el peso de tantas y tan encadenadas desventuras, conozcamos en ellas la pena de nuestra ingratitud. Acoge los suspiros de estos fieles que te ensalzan, y vuelvan, merced á tus desvelos, los dias de la prosperidad. Ese encendido dardo que atraviesa tus entrañas, hiera con el fuego del amor celeste las fibras de nuestro corazon y consuma las reliquias de su culpable tibieza. Y cuando llegada la tarde, nos durmamos en el lecho de la eternidad, allí tu diestra bienhechora obli-

gada desde hoy por los votos que formamos, proteja con su valimiento nuestro futuro destino. Dignos de tu proteccion y de tus mercedes, cantaremos al Señor el himno de alabanza en la tierra, y siguiendo la senda que nos trazara tu ejemplo, mereceremos acompañarte en la bienaventuranza de los cielos. Amen.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

NOTAS.

(1) Eccl. XI. 15.
(2) Vida XXIV. 3.
(3) Cant. V. 1.
(4) Eccl. XXIV. 43.
(5) Moradas cuartas. Cap. I. 7.
(6) Eccl. III. 31.
(7) Vida XVI. 1.
(8) Vida XXXIX. 14.
(9) Cant. II. 16.
(10) Vida. Apéndice conservado por Fr. Luís de Leon. 13.
(11) Cant. II. 3.
(12) III. Reg. VIII. 11.
(13) Ib. ib. 12.
(14) Levit. XVI. 2.
(15) II. Corinth. III. 18.
(16) Ib. ib. ib.
(17) Aug. sermo 256 de tempore.
(18) Ib. ib.
(19) III. Reg. VIII. 27. 28. 29.
(20) Ib. ib. 43.
(21) III. Reg. IX. 8.
(22) III. Reg. IX. 3.
(23) Sap. VII. 8. et seq.
(24) I. Paralip. XXVIII. 3.